

VI.

El 20 de Noviembre á las nueve y veintiún minutos de la mañana, el "Tabasco" que encendía sus calderas desde la madrugada levantó anclas llevando á bordo á S. M. la emperatriz, haciendo rumbo á la península de Yucatán.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TERCERA PARTE

Un trono sobre un monte de oro

CAPITULO PRIMERO.

EL PRIMER SINTOMA.

I.

Desde la horrible hecatombe de Uruápan, la revolución se había levantado poderosa. Herida en su corazón por la muerte de sus valientes hijos, aceptó por completo un duelo á muerte, sin misericordia.....era necesario jugar el todo por el todo!

La crisis europea soplaba el fuego revolucionario, ya nadie desconfiaba de un éxito, cuyos primeros vislumbres llegaban de donde cuatro años antes surgía la tormenta intervencionista.

El ensayo monárquico había abortado, sólo los intereses altamente comprometidos sostenían una situación que se derrumbaba al soplo omnipotente de una nación en sus esfuerzos heroicos por salvar su independencia.

La crisis era terrible, las tinieblas se habían disipado, y todas las esperanzas se desvanecieron como los celajes de la tarde al viento de la noche.

El coloso americano había tirado su guante sobre la arena del mundo y desafiaba á la Europa entera.

La Francia había recogido ese guante, para.....es necesario decirlo de una vez, para ponerla humilde y rendida sobre el bufete del Capitolio.

En las aguas del Bravo, en ese torrente tumultuoso que marca los límites de la república, se dió el primer espectáculo, en que la suerte del imperio quedó resuelta en el porvenir definitivamente.

Una cañonera francesa fué atacada por los americanos desde las orillas del Brownsville.

El pabellón francés flotando sobre aquella miserable barca, tenía tras sí treinta y tres millones de hombres dispuestos á hacerse matar por la honra de su bandera.

Así lo ha visto el mundo entero, así lo esperaba la generación contemporánea.

¡Fragilidad humana!

La señora del viejo continente, la que decide sobre su carpeta de los destinos de Europa, pasó por alto el ultraje al pabellón de Montebello, Inkerman y Sebastopol!

Algó terrible encontraba el orgulloso Bonaparte, para que en sus labios se detuviese el grito de guerra, ese grito asolador que hace estremecer á un hemisferio.

La doctrina Monroe se enseñoreaba en el mundo de Colón.

La Francia, el imperio, la complicidad europea, todo desaparecía, todo, cayendo el telón de aquel espectáculo sangriento!

El Canadá, y ese grupo de islas que se llaman las antillas, ven desde entonces escrito sobre el libro de su porvenir, la palabra *independencia*.

II.

Los agentes del decaído imperio que tenía acceso en los altos círculos de la política, habían avisado al archiduque que el gobierno de la unión mantenía una correspondencia activa con el gabinete de Tullerías, referente á los asuntos de México.

Maximiliano estaba inquieto terriblemente y solicitaba el auxilio de su hermano José II, que lo veía naufragar en la más espantosa de las catástrofes.

El emperador de Austria no podía hacer nada por su desgraciado hermano; porque la guerra con Prusia en la cuestión de Lombardo Veneto, estaba al estallar, y ya el *Cuadrilátero* estaba en jaque por los inventores del *fusil de aguja*.

El mariscal Bazaine había enfriado sus relaciones con Maximiliano, comenzando á poner en juego una política oscura, que tendía á desprestigiar el imperio y á echarle encima la re-

volución que se hacía formidable por momentos.

El mariscal, sin contar con el emperador, hacía cages de prisioneros y conservaba relaciones con los republicanos.

Algunos acusan á Bazaine de haber querido sustituir á Maximiliano pretendiendo que la Francia siguiera por su cuenta el negocio de la *conquista*. Esto no es creible, porque Bazaine estaba al tanto de lo que pasaba, y ese plan que se le atribuye era de todo punto irrealizable.

III.

El que quiera tomar el pulso á una situación, dirijase á la Bolsa de París y determinará el diagnóstico.

Los bonos de los empréstitos de Miramar y París, estaban en baja tan absoluta, que ningún especulador se le ocurría proponerlos ni en el negocio más descabellado.

La prensa, que no se manifiesta sino en los momentos dados de la crisis, sostenía á voz en cuello que el imperio mexicano no se había sentido desde su nacimiento más fuerte ni más prestigioso.

Los bonos desaparecieron de la Bolsa pasando al archivo del olvido, y registrándose en ese inmenso catálogo de la *banca rota*.

Cuatro notabilidades hacendarias de la Francia, habían venido á México para arreglar el pago de convención y la deuda por gastos de guerra y permanencia de las tropas francesas en México.

El marqués de Montholon renunció á su obra y se marchó de ministro á los Estados-Unidos, sin haber tenido tiempo de explotar todo ese juego de chicana iniciado por Saligny en su consorcio con el agiotaje y el peculado.

Mr. Corta, que creía nadar en ondas de oro, se acaloró de tal manera que perdió el juicio y fué á hablar de sistemas hacendarios á Bicetre.

A Mr. Langlais, á consecuencia de sus trabajos, y de leer tanta reclamación absurda, le atacó apoplejía, y esa lumbre de la *combinación* cuyas luces no alumbran un solo expediente, tornó de un ataúd á la corte de Vincenos.

Mr. Danó, cuya capacidad no alcanzaba ni á comprender las estafas y robos de la casa de Jecker, se dedicó á otro negocio más productivo.

Sacó de las rejas de un convento doméstico, á una de las señoritas más recomendables de nuestra sociedad, y un dote

que asciende á un millón de pesos, sacado de las entrañas del *Real del Monte*.

En cuanto á Castelnau, seguramente hizo muy poco en su misión diplomática, porque en el saqueo de las aduanas cada uno de los comisionados tiraba con toda fuerza, dando el espectáculo que presentó *Lorencillo* el pirata, en su asalto á la heroica Veracruz hace dos siglos.

Los ministros plenipotenciarios de Napoleón, hacían *negocios* particulares, que Maximiliano sabía y toleraba por su situación que era crítica, á pesar de los diez mil quinientos pesos, que modestamente aceptaba día á día del tesorero mexicano.

El país había caído en las redes de la conquista y le saqueaban con más descaro y menos rubor que en el siglo XVJ.

Especuladores y caballeros de industria, llegaban á nuestras playas, más miserables que esas caravanas de árabes que van á la tumba que se venera en la Meca, ó esos infelices españoles cruzados que á su regreso de la Palestina, llenos de lepra y cubiertos de harapos se dirigían á Santiago de Compostela en el tiempo de las Cruzadas.

A los pocos días de su arribo, ya eran oficiales y pendía de su cuello una cinta con la cruz de la orden de Guadalupe, y ya veían sobre el hombro (como suele decirse) á los mexicanos.

Todos los aventureros referían grandezas, todos eran príncipes y condes y marqueses con rentas fabulosas, y que sólo venían á México por consolidar la paz y el bienestar de los antiguos aztecas.

Ese protocolo de absurdos encontraba una sonrisa de desprecio y de burla sanurienta.

Esos parias del universo, esos perdularios cosmopolitas, acompañarían á Maximiliano hasta el último día del presupuesto.

Desaparecieron con el último prorrato.

Algunos se fujaban con sueldos adelantados al husmear el norte revolucionario.

Despilfarro en los fondos públicos, desorden en la administración, insuficiencia para la organización del ejército, cobardía, favoritismo, vacilación, impopularidad, eran los elementos que determinaban patentemente la caída del imperio, sin contar con la revolución intestina y las dificultades del exterior en el mundo de la diplomacia.



IV.

El desgraciado archiduque de Austria se paseaba inquieto por el salón de su despacho, la mañana del 5 de Febrero de 1866.

En su semblante descompuesto se notaba que la noche la había pasado en vigilia, y que algo grave lo tenía en esa excitación febril que lo devoraba.

El alambre telegráfico anunció el 1.º de Febrero, que á bordo del "Sonora" venía un emisario del emperador Napoleón trayendo notas importantes dirigidas á S. M. Maximiliano I.

El emperador señaló la mañana del 5 para la audiencia, y esperaba con ansia la llegada del personaje.

Algo sospechaba Maximiliano después de las noticias comunicadas secretamente por sus agentes en Washington.

A pesar de sus cavilaciones, se resistía á creer que Napoleón lo abandonase en tan críticos momentos, y que su hermano viera con indiferencia estallar la tormenta que rebramaba el horizonte político.

Dieron las doce en el reloj de palacio.

La puerta de entrada á los aposentos se abrió, apareciendo en su dintel la majestuosa figura de Carlota de Austria.

—Tras estas cortinas, dijo á Maximiliano, escucharé esa conferencia que va á decidir de nuestra suerte en América.

—Estoy terriblemente preocupado, dijo el archiduque, y sacando su reloj, observó que habían pasado dos minutos de la hora. Este es mal agüero, exclamó; la inexactitud me anuncia que las noticias de la corte francesa no son de las más plausibles; este enviado se me impone de antemano con su tardanza.

Carlota estaba demudada y en sus ojos brillaba una mirada sombría.

La nieta de Luis Felipe sentía revelarse todo el orgullo de su sangre.

Estaba terriblemente contrariada.

La puerta se abrió.

—S. E. el mariscal Bazaine y el señor baron de Saillard, anunció el chambelán.

El emperador inclinó la cabeza.

El chambelán se retiró.

—Es necesario, dijo la altiva princesa, que escuches con calma cuanto el enviado francés puede decirte; nada que revele la situación en que nos encontramos; manifiesta la fe acendrada que poseemos sobre el establecimiento del imperio, fiados en la voluntad del pueblo.

—Sí, murmuró Maximiliano, apenas tengo valor para callar ante esa trama infame, que tiende á sacrificarnos.

—¡Valor! exclamó Carlota, y se ocultó tras las cortinas del gabinete.

V.

El mariscal Bazaine y el enviado de Napoleón se adelantaron.

Maximiliano tendió la mano á los dos personajes y los invitó á tomar asiento.

—Se encuentra bien, dijo á Saillar, la familia imperial de S. M. Napoleón III?

—A mi salida de Francia gozaban de salud SS. MM. y el príncipe imperial.

—Espero, dijo Maximiliano, entrando de lleno en la cuestión, saber el asunto que motiva la presencia en la corte de México del señor barón de Saillard.

El mariscal Bazaine y el barón cambiaron una mirada de inteligencia.

—Señor, dijo el enviado de Napoleón III, la Francia ha ayudado al imperio mexicano hasta donde le ha sido posible, con sus armas, con sus fondos, y sobre todo, con su prestigio. Desde la convención de Londres tomó un empeño decisivo por la salvación de este hermoso país. Al quedarse solo después de los convenios de la Soledad, afrontó por completo la situación; y su bandera, sola, llegó á enseñorearse del territorio mexicano. Vuestra Majestad sabe que el emperador Napoleón invitó á vuestra majestad para la aceptación al trono de México, y contando con vuestra voluntad y heroica determinación, os colocó en el escaño de la monarquía.

La cortina tras la cual estaba la emperatriz, se agitó violentamente.

Maximiliano permaneció impasible.

—Ha llegado el día en que el ejército de la Francia deje para siempre el territorio imperial, y S. M. Napoleón III retirará las tropas en tres secciones, la primera en noviembre de 66, la segunda en marzo de 67, y la tercera en noviembre de ese mismo año. S. M. me envía á comunicaros esta determinación.

Hubo un momento de silencio.

—Señor, dijo el mariscal, notificada ya la resolución imperial, el ejército comenzará á concentrarse inmediatamente.

—Señores, dijo Maximiliano procurando dar á su acento un timbre de serenidad que estaba lejos de tener; con la retirada queda el país abandonado al torrente revolucionario; yo

espero que S. M. Napoleón III permitirá que al retirarse sus tropas, se venga sustituyendo con el contingente austriaco que S. M. I. mi hermano ha dispuesto enviar á México á mi servicio.

—Siempre que lleguen á tiempo esos destacamentos y en los plazos que he tenido el honor de notificar á V. M.

—Con ese auxilio, el ejército mexicano y la voluntad de la mayoría de la nación, cuento para el sostén de la monarquía.

La conversación no llegaba aún á donde la querían llevar los agentes franceses, que insensiblemente iban colocando al emperador en una situación apremiante.

—Pienso como V. M., dijo Bazaine: con la ley marcial quedan las poblaciones libres del amago de las bandas disidentes; además, la legión belga y la austriaca pueden sostenerse con los recursos que tiene el tesoro mexicano.

—Así lo espero, contestó Maximiliano.

—La Francia, continuó el barón de Saillard, necesita reembolsarse de las cuantiosas sumas que ha invertido en el negocio de la intervención.

—El empréstito de Miramar y el de París la tienen reembolsada en su mayor parte esas cantidades.

—Por uno de los tratados, Mexico se comprometió á cubrir el presupuesto del ejército expedicionario durante la ocupación, y hasta ahora no se ha suministrado cantidad alguna.

—Las urgencias del erario no han permitido cubrir la lista militar, pero México satisfará íntegra su deuda.

—S. M. Napoleón no exige precisamente en dinero lo que justamente se adeuda á la Francia.

—Ya escucho, señor barón dijo algo turbado el emperador.

—Bazaine lo miraba de hito en hito.

—Puede haber una compensación que libraré á este país de desnivelar su presupuesto y ayudar á sistemar su plan rentístico.

Maximiliano dejaba venir al comisionado de Napoleón III.

—Cuando las naciones cuentan con un vasto territorio que no sirve sino para romper los resortes de su autoridad, pues no puede hacer llegar el alambre telegráfico de su poder á los confines de ese territorio, acaso le convenga acortarlo.

—Seguid, señor baron, dijo Maximiliano.

—Me explicaré con más precisión. México tiene una extensión que hace imposible el establecimiento del imperio. Las armas francesas han atravesado el desierto, han llegado á los puertos del Pacífico, han ocupado las principales ciudades de la Sonora, han clavado su bandera allende el golfo de Cortés, en la Baja California; y sin embargo, nada han conseguido hasta ahora, todo ha sido estéril, porque la pacificación sólo se ha hecho sentir del corazón de México á la línea fronteriza del Bravo. La revolución ha marcado los límites del imperio. Yo

olvido esas brudas que campear por el interior como los últimos árabes en las quiebras de las Alpujarras.

Pues bien, señor; si V. M. cede la Sonora y esa raquí-tica faja de la Baja California, la deuda queda en saldo y acaso la Francia detendrá sus tropas en el territorio.

La cortina volvió á agitarse con violencia.

—¿Es una proposición vuestra? preguntó el emperador.

—Yo hablo en esta conferencia en nombre de la Francia.

—Señor baron, dijo el emperador, he jurado conservar ileso el territorio nacional, y estoy dispuesto á todas las eventualidades antes que vender un solo palmo de tierra.

—Comprendo, dijo el mariscal, que si se tratara de vender ciudades y campos cultivados, V. M. estaría empeñado en su programa de gobierno; pero cuando se propone la compra de una faja abandonada, de un desierto sin agua entregado á los salvajes, la civilización ganaría con una colonia francesa.

—Además, añadió el enviado, esta concesión empeñaría á la Francia en una ardua empresa con los Estados Unidos y acaso el imperio quedaría establecido á perpetuidad. V. M. no conoce aún las notas arrogantes de Mr Sewad, esas amenazas toleradas hasta hoy por ignorarse si la Francia hallaría acogida en sus planes en la corte del emperador Maximiliano.

Levantóse con majestad el austriaco, y dijo con voz sonora y enérgica:

—Decidle, señor baron de Saillard, á S. M. Napoleón III, que si necesita para el establecimiento del imperio sacrificar un solo trozo de tierra que pueda caer en el puño de mi mano, estoy dispuesto á caer antes que prestarme á semejante pretensión.

Yo protestaré ante la nación por ese atentado, ya que no tengo fuerza para oponerme: ocupe por medio de las armas la Francia cuanto quiera, acabe de mancharse ante el mundo civilizado.

El mariscal, trémulo de ira, se levantó, y saludando al emperador salió con el barón de Saillard, que no esperaba ni remotamente oír de labios de Maximiliano palabras tan fuertes, ni expresiones tan altamente ofensivas á la majestad de Napoleón III.

VI.

—¡Bien, Fernando! dijo la emperatriz besando la frente del desgraciado archiduque, que se dejó caer en el sillón abrumado por el torrente de sus pensamientos.

—¡Esto es horrible!

—Aun tenemos elementos para combatir: diez mil hombres reclutados en Austria, servirán de apoyo á nuestro gobierno. Por la primera vez en su vida, José II te tiende una mano protectora.

Maximiliano no respondía.

—Siempre la duda, siempre la vacilación, murmuró la emperatriz.

—¡Me abandona ese miserable después de haber absorbido el dinero de los empréstitos!

—¡Fernando, estamos vengados! en la Francia se han cuotizado los bonos; los especuladores de aquel país que se lanzaron como buitres sobre el tesoro, son los que han fracasado; México no pierde un florín; si, ellos y nada más ellos son las víctimas de los manejos de su emperador: porque nosotros suspenderemos los pagos una vez que sus tropas hayan abandonado el territorio.

Aquella inteligencia era el alma de la situación; una vez extinguida, todo quedaría en el caos y en las tinieblas.

—¡El César de la Europa! ¡continuó exaltada, el hombre de Inkerman y Sebastopol, el salvador de Italia! ¡aborto miserable de la traición y de la infamia! Hoy se doblega cobarde ante el coloso americano; le insultan, le escupen el rostro, lo abofetean, ¡estamos vengados!

—Es verdad, es verdad, repitió el emperador, ¿pero nosotros?

—Nosotros, dijo Carlota, asistiremos al último momento del imperio; la Unión ha dicho, que no traerá sus armas al territorio mientras luchen sólo los mexicanos; podremos aún vencer ó prolongar cuando menos la situación hasta resolver una crisis en que jugamos nuestro destino.....Sí, Fernando, la tormenta es espantosa; para afrotarla es necesario una condición de hierro, huír de toda vacilación y no doblegar la frente ante el peligro. La Francia ha roto definitivamente con el imperio; estamos solos, acaso nos favorezca esta ruptura; porque la Francia está odiada, execrada, maldecida, como en todas partes. El pueblo mexicano no nos repele, yo tengo esperanzas grandes para el porvenir.

—Carlota, yo lucho sin fe; he expatriado á los hombres más odiados de la sociedad conservadora; á Márquez, ese hombre sanguinario, lo he regalado á la Tierra Santa; á Miramón el héroe de los motines, lo he consignado á la escuela militar de Austria; á Almonte lo he enviado á Francia porque su espionaje me era insoportable.

—Todos esos hombres nos servirán en un momento dado, ellos son demasiado serviles para sacrificarse en aras de su ambición, finjiéndose imperialistas para realizar sus ensueños. No pueden defecionar; el partido republicano los ahorcaría si

tuvieran la avilantez de presentarse en sus filas. ¡Aun podemos arrollar en nuestra caída á medio territorio!

Maximiliano, previendo que su desgracia la consorte podía llegar en su entusiasmo á ese vértigo de locura que le preocupaba de continuo, se levantó y llamando al chambelán de guardia, le dijo que anunciase la audiencia.

VII.

El mariscal Bazaine y el barón de Saillard se dirigieron á la legación francesa, y dieron cuenta al ministro Danó del resultado de su comisión.

—Malo está este negocio, dijo el ministro, los Estados Unidos se ponen en guardia, no hay más remedio que retirarnos.

—Y pronto, antes de caer prisioneros con nuestros sesenta mil soldados, los yankees son otra cosa.

—Es cierto, dijo el barón, Mr. Seward habla en tono muy alto, no haría lo mismo del otro lado del océano, allí la bandera francesa es omnipotente.

—Mal, mal, repitió Danó; nos queda muy poco tiempo para los negocios; las aduanas no darán lo suficiente para indemnizarnos.

—En estos momentos, dijo el barón, debe estarse ajustando con José II el enganche austriaco; tenemos de vida un año.

Bazaine meneó la cabeza como dudando de este aserto.

Bazaine tenía todos los hilos de la trama, y comprendía que el reclutamiento austriaco era sumamente difícil; vista la oposición americana.

—Los negocios de la Italia y Prusia, con respecto á la Austria, se complican, y temo que S. M. I. José II, haga los alistamientos por su cuenta y olvide á su augusto hermano en el deslumbramiento de la monarquía mexicana.

—Sí, dijo Saillard, la guerra Europea es inevitable, os confiaré un temor fundado.

—¿Cuál? se apresuró á preguntar el ministro.

—Napoleón, sólo por un punto de amor propio, sostiene en México el ejército expedicionario, su carácter francés se revelaba contra ese lenguaje imperioso de los Estados Unidos; pero la necesidad le hace volver flores por espinas: cred, señores, que la Francia pasa por una crisis terrible de vergüenza; otra palabra de Janhson, y todo el ejército saldrá inmediatamente del territorio.

—Estos hombres, dijo Bazaine, se han atrevido á decir que el día en que se levanten de humor, enviarán dos gendarmes para hacer desocupar México.

—No es posible sostener una guerra, ese pueblo es muy respetable; acabo de visitar el suelo de Washington, y digo lo que el general Prim; ¡Ay de la nación que provoque la ira de los Estados Unidos! La riqueza, el valor, el patriotismo, las virtudes todas que se requieren para el adelanto y prosperidad de una nación, tantas cuenta esa raza nueva, cuyos elementos la llevan á un porvenir que absorberá el Continente y hará temblar á la Europa.

—Estáis muy fascinado, señor barón.

—Señores, palabra de honor que es la verdad cuanto os digo, tended la vista á esos campos talados por la guerra intestina de esa republica; á esas ruinas de las fábricas y fincas de campo que ayer humeaban en las últimas llamas del incendio; y vedlas ahora alzarse majestuosas con más elementos que antes de la guerra; los campos están cultivados, y todo anuncia la resurrección violenta de los Estados de la Confederación.

—Sí, barón, estamos humillados; la política francesa ha dado un traspies horrible. Julió Favre y Thiers han dicho la verdad.

—Maximiliano comprende nuestra angustiada situación; sabe que la permanencia de las tropas es una cuestión financiera, abarcar cuanto sea posible para el reembolso de esas cantidades que arrojan un déficit en el tesoro de la nación francesa.

—El imperio ya no corre por nuestra cuenta, el emperador alcanza que los Estados Unidos nos lanzan del suelo mexicano, y libre ya de la tutela nuestra, nos humilla también, permitiéndose insultar á S. M., que al fin lo he hecho representar un papel que en Austria le estaba vedado.

—Y lo que es más aún, salir de todos sus compromisos numismáticos, que eran aflictivos en extremo.

—En todo caso, Maximiliano regresará rico á Miramar, y en este país, que es el de las resurrecciones, no es remoto que un día lo proclamen presidente de la República; el dictador Santa Ana puede dar fé de estos cambios operados en la política mexicana.

—Señor ministro, dijo el barón, mañana salgo para Veracruz; tomaré el primer paquete que salga para Francia; necesito poner al emperador al tanto de lo que pasa para sus altas resoluciones.

—Os dignaréis poner mis despachos en el bufete imperial.

—Despachad esta misma noche la correspondencia; y vos, señor mariscal, disponed la salida del primer destacamento.

Bazaine guardó silencio, porque en un despacho reservado

se le prevenía que no procediese sino á la concentración de las fuerzas sin hacer embarque alguno de tropa.

Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación más orgullosa del Viejo Continente.

VIII.

El barón de Saillard solicitó una última entrevista. Maximiliano se negó á recibirle.

La Francia se divorciaba desde aquel momento del imperio mexicano.

Desde la derrota de Waterloo hasta el 5 de Mayo de 62, la bandera francesa se había paseado victoriosa por el mundo entero.

Desde el advenimiento de Luis XVIII ninguna transacción tan vergonzosa se había hecho por la Francia, hasta el 5 de Abril de 865.

La nota de las Tullerías era algo más que una transacción, era el rebajamiento degradante de una nación en su impotencia.

Era la derrota, la huida ante el peligro, la arriada de un pabellón hasta entonces lleno de gloria y de renombre, ante el desdén insultante de un pueblo fuerte en sus armas y en su derecho.

El mundo entero iba á levantar un aplauso al pasar la vista por esos renglones, mientras la parodia de Claudio Nerón apuraba gota á gota el acíbar de su locura, la hiel amarga en el cáliz ensangrentado de su ambición, metido en su Olimpo de Saint Cloud.

El trono sobre el monte de oro estaba próximo á desaparecer.

IX.

El barón de Saillard llegó á París el 4 de Abril; tuvo una larga entrevista con el ministro de relaciones Drouyn de Lhuys, la noche víspera del memorable día en que la Francia puso de manifiesto ante el mundo entero su vergonzosa derrota, dándole un triunfo á las dos naciones que la acompañaron

en la expedición filibustera, elevada al razgo de Convención y firmada en el bufete de San James.

El ministro conferenció determinadamente con Napoleón III, y el día 5 de Abril de 866 apareció en las columnas del *Monitor* la siguiente nota, que por importar alarmante á la historia de nuestro país, nos creemos en el deber de insertar íntegra en las páginas de este libro:

“Mr. Drouyn de Lhuys á Mr. de Montholon.

París, Abril 5 de 1866.

Señor:

He leído con toda la atención que merece la respuesta del señor secretario de Estado, á mi despacho del 9 de Enero último. El cuidado escrupuloso con que Mr. Seward ha analizado este despacho, y las largas consideraciones que le han movido á hacer la exposición de la conducta de Francia, en los negocios de México para definir las doctrinas que forman la base de la política internacional de los Estados Unidos, prueban que el gabinete de Washington desea que desaparezca todo juicio erróneo. También vemos allí la prueba de sus esfuerzos para hacer prevalecer los sentimientos de amistad que han cimentado entre ambos países las tradiciones de una larga alianza, sobre las divergencias accidentales é inevitables de las relaciones internacionales. Con tales disposiciones hemos apreciado la comunicación que el secretario de Estado os dirigió el 9 de Enero último.

No seguiré á Mr. Seward en el desarrollo que ha dado á la exposición de los principios que dirigen la política de la Unión Americana. No creo oportuno ni necesario prolongar, sobre cuestiones de delicadeza ó de historia, una discusión, en la que puede diferir de opinión el gobierno de los Estados Unidos, sin que peligren los intereses de ambas naciones. Creo preferible atender á esos intereses sin discutir asuntos muy dudosos, y ocuparme, por lo contrario, en las seguridades que deben establecer la buena inteligencia. Nunca vacilamos en ofrecer á nuestros amigos las explicaciones que nos piden, y nos apresuramos á transcribir al gabinete de Washington, todas las que pueden ilustrarle sobre el fin que nos proponemos en México y sobre la lealtad de nuestras intenciones.

En su despacho de 12 de Febrero último, Mr. Seward recuerda que el gobierno de los Estados Unidos, se ha ajustado en todo el curso de su historia á la regla de conducta trazada por Washington, practicando invariablemente el principio de no intervención, y hace notar que nada justifica el temor de que se muestre infiel á tal principio en lo que respecta á México. Admitimos esta seguridad con plena confianza, y hallamos en ella una garantía suficiente para no retardar ya la adopción de las medidas encaminadas á preparar el regreso de nuestro

ejército. El emperador ha decidido que las tropas francesas evacuarán á México en tres destacamentos; el primero saldrá en Noviembre de 1866; el segundo en Marzo de 1867 y el tercero en el mes de Noviembre del mismo año. Tendréis á bien comunicar oficialmente al secretario de Estado esta decisión.

Recibid, etc.—DROUYN DE LHUYS.

X

No conformes aún los hombres de la Unión con este triunfo diplomático, al hacer pasar á la Francia por las Horeas Caudinas, contestaron la nota del 5 de Abril en un tono más arrogante que el usado en los despachos anteriores.

El 23 de Abril, después de dos días de recibida la nota, como si la resolución del gobierno francés no hubiera llenado la medida del deseo del gabinete de Washigton, Mr. Seward se limita á acusar al marqués de Montholon recibo de su nota, agregando: "El asunto será muy presto objeto de la detenida atención del presidente de los Estados Unidos."

El porvenir desgarró más tarde ese velo de retistencias con que se cubrían las palabras del secretario de Andrew Johnson.

CAPITULO SEGUNDO.

EL GUERRILLERO

I

Cerraba la noche del 3 de junio de 866, con una tormenta terrible.

El agua caía á torrentes.

La ciudad de Cuernavaca esta envuelta en una nube negra como un fantasma del valle.

Como á dos tiros de ballesta de la garita estaban dos hombres sobre unos caballos acosados por la lluvia.

Esos dos hombres permanecían en silencio.

El uno tenía cubierto el rostro con un antifaz, y llevaba

una capa de hule y un sombrero fieltro negro con las alas caídas á impulsos del agua que azotaba sin cesar. Montaba un alazán árabe que relinchaba y se sacudía por intervalos.

El otro jinete era el teniente coronel Pablo Martínez.

Ya no era aquel joven alegre y campechano que se burlaba de las balas y de los elementos; las desgracias lo habían hecho sombrío, adusto, melancólico, y de un carácter ágrío é insoportable.

Cuatro años de infortunio habían operado esa metamorfosis.

Pablo Martínez había visto desaparecer uno á uno sus más queridos compañeros.

La muerte de Quiñones le tuvo apesadumbrado durante muchos días, y el fusilamiento de Nicolás Romero y del general Arteaga, habían vuelto su corazón hacia el lado de la sombra.

Martínez, que antes se distinguía por su misericordia, realzaba por la crueldad.

Era implacable con los enemigos, y á cuantos extranjeros del ejército imperial caían en sus manos, los mandaba fusilar, prohibiendo á sus subordinados le trajesen prisioneros.

Aquel hombre tenía sed de sangre, su alma había caído en el abismo sombrío de la locura y del despecho.

El nombre de Martínez era un eco de terror que hacía estremecer á las poblaciones.

Los soldados imperiales no dormían cuando el guirriero acechaba y tenía á las poblaciones en un perpetuo sobresalto.

El arrojo del republicano no tenía límites: bravo en la batalla, y temerario en el duelo personal, no había más disyuntiva al encontrarse con él, que morir peleando.

Había adquirido una práctica tan admirable en los lances todos del sistema de insurrección, que estaba seguro de no ser sorprendido jamás, y de salir adelante en sus combinaciones.

Montaba, como siempre, caballos magníficos y conocedores del terreno.

Martínez no llevaba á la zona fría los caballos de *Tierra Caliente*, porque de seguro le faltarían á la mejor ocasión.

Siempre se adhería á los naturales del terreno donde peleaba. El guerrillero iba en pos de las probabilidades, y sólo contrariado por la fortuna, sufría un descalabro.

Martínez tenía un defecto gravísimo: desde los primeros tiros se le subía la sangre á la cabeza, y empeñaba la lucha sin pensar en el momento en que el telón caería sobre la escena.

Hubo vez en que él solo pudiera escapar milagrosamente de la muerte.

Martínez era el brazo derecho del general Riva Palacio.

Próximamente diremos algunas palabras sobre este joven caudillo, que ha mantenido durante la lucha siempre en